

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 13 de Marzo de 1890.

Precios de Suscripción.
 Barcelona un trimestre adelantado; una peseta fuera de Barcelona un año, id. 4 pesetas Extranjero y Ultramar un año pd. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripción
 En Lérida, Mayor 81, 2.
 Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Necesidad imperiosa.—El casamiento civil.—La Noche Buena.—Pensamientos.

NECESIDAD IMPERIOSA. (1)

Nunca hemos estampado en el papel nuestras impresiones tan contrariadas como lo hacemos ahora; hablar del *tanto por ciento*, recordar á los suscritores morosos y á los corresponsales indiferentes, que deben á esta administracion 1,800 pesetas, nos es tan doloroso, no es tan triste....., es tan contrario á nuestro modo de ser hablar de deudas y de dinero, que si no fuera porque somos tan pobres en bienes materiales (como ricos en buena voluntad), nunca, nunca nos ocuparíamos de asunto tan enojoso; pero no podemos hacer pagar á los justos por los pecadores; los centenares de suscritores que han pagado religiosamente el año XI de LA LUZ, son acreedores á recibir los 52 números que les corresponden, y para cumplir el compromiso contraído con ellos, necesitamos que los demás cumplan con nosotros.

LA LUZ DEL PORVENIR tiene de gasto mensual 300 pesetas, cubre sus gastos cuando la desidia de los unos, y la indiferencia de los otros, no se oponen á su marcha regular. ¿Y no es bien triste que consagrando todos nuestros afanes á la modesta vida de nuestra publicacion, tengamos que luchar con el imposible del *no tener*, para pagar la imprenta y los demás gastos inherentes á un periódico de bastante circulacion?

¿No es vergonzoso que una Revista Espiritista concluya el año oncenno de su publicacion, viviendo de limosna? viéndonos obligados á molestar á nuestros más íntimos amigos para cumplir con aquellos que cumplieron con nosotros?

¿LA LUZ DEL PORVENIR pasa completamente desapercibida en el mundo espiritista? No; donde quiera que se habla la hermosa lengua de Cervantes, es leída con avidez por los muchos que sufren; cuando pedimos para los pobres, responden á nuestro llamamiento; prueba de ello que desde el 26 de Abril de 1881 hasta el 13 de Marzo de 1890 hemos repartido entre los necesitados 7,739 pesetas 60 céntimos; iniciamos el pensamiento de levantar un monumento á Fernandez y hasta la fecha hemos recibido 1,759 pesetas 30 céntimos.

Luego nuestra voz es atendida, inspiramos la confianza suficiente (á pesar de

(1) Muy en contra de nuestra voluntad, seguimos insertando el suelto referente al estado económico de LA LUZ; pero cumplimos con un deber de conciencia defendiendo la vida de nuestra publicacion, que teniendo vida propia, tiene que vivir de limosna.

nuestra pobreza) para repartir algunas cantidades entre los necesitados y ser fiel depositaria de los fondos destinados al monumento de Fernandez, sirviendo LA LUZ DEL PORVENIR de lazo de union entre los espiritistas y esta Redaccion. Mas ¡ay! que este lazo está próximo á romperse por sernos del todo imposible sufragar los gastos de LA LUZ, si antes de terminar el año XI no han saldado sus cuentas con esta Administracion los suscritores y los corresponsales que nos deben entre todos 1,800 pesetas.

Nuestra conciencia queda tranquila; si algunos pobres dejan de ser consolados en sus momentos de agonía, si algunos seres en sus horas de tribulacion no encuentran en las páginas de LA LUZ comunicaciones de los espíritus que les den aliento para llevar hasta el Calvario su pesada cruz, no es nuestra la culpa; la culpa es de aquellos que con su abandono y su indiferencia cortan el hilo de su modesta vida á nuestra humilde publicacion.

Si los suscritores nos ayudan, si los corresponsales cumplen con su deber, seguiremos adelante; mas si nos dejan solos y entregados á nuestras débiles fuerzas, el año XI de LA LUZ será el último que lleve el consuelo y la esperanza á los atribulados y á los afligidos.

LA DIRECTORA DE LA LUZ DEL PORVENIR.

EL CASAMIENTO

Desde mi mas tierna edad me ha causado repugnancia el casamiento canónico, quizá porque cuando aun no contaba doce años, tuve ocasion de ver la desesperacion de un sacerdote, porque una hermosa jóven (parienta mia,) huyó de sus importunidades amorosas poniendo nada menos que el mar y una inmensa distancia de por medio.

Como todo el sér que sufre necesita confiar sus penas á alguien que tenga la paciencia de escucharle, aquel ministro de Dios (de tipo africano,) llevando en sus ojos todo el fuego de sus violentísimas pasiones, vino á ver á mi buena madre para contarle una parte de sus inmensas penas, y como yo nunca me separaba de mi angel tutelar, porque no sabía estar sino al lado de mi madre, tuve la oportunidad de escuchar atentamente el relato de aquel desgraciado, que llorando amargamente maldecia la hora que celebró su primera misa, porque en aquel instante se habia condenado á vivir en un infierno.

—Crea usted señora, (decia aquel infeliz) que no puede haber un tormento superior al mio. Yo amo á Adela con todas las fuerzas de mi alma, con toda la energia de mi sér; por un beso de sus labios yo me hubiera condenado eternamente. ¡Qué me importaba el fuego del infierno, si el fuego de mi amor era mas grande!...

Yo que no soy capaz de matar á un insecto, si ella me hubiera dicho:—Para obtener mi amor has de matar á tu madre, yo cual otro Neron, le hubiera quitado la vida á la que me enseñó á rezar, y lo hubiese hecho sin remordimiento ninguno, lo queria ella, y ella era mi Dios, mi religion, mi todo!

Y aquel desgraciado lloraba con tanto desconsuelo, y lanzaba gritos tan desgarradores, que aun resuenan en mis oidos; se retorcia los brazos como si estuviera epiléptico, cruzaba el salon en todas direcciones como leon enjaulado, se cogia los hábitos y los mordía como si estuviera hidrófobo, diciendo:—¡Vivir sin ella!...

¿y por qué? porque no la puedo hacer mi esposa..... ¡yo que la quiero tanto!..... que la hubiera adorado de rodillas! tener que escuchar de sus labios ¡que le causo horror! que le inspiro espanto!.... que por mí solo siente repulsion!.... que ella quiere vivir honradamente, que no la siga, porque de hacerlo, buscaría en el suicidio un baluarte para defenderse de mis asechanzas!.... Y yo me he quedado aquí... porque no quiero que muera, ¡es tan hermosa y tan pura!.... ¡feliz, feliz mil veces el que la lleve al pie de los altares! y el ungido del Señor lloraba con la ingenuidad del niño, y maldecía su suerte como la maldecirían los réprobos si existiera el infierno.

Durante algunos días escuché el mismo relato, porque aquel desventurado venía á contarle á mi buena madre sus cuitas amorosas, hasta que un hermano suyo se lo llevó á viajar por el extranjero, porque su estado (verdaderamente lamentable) no le permitía cumplir con los deberes de su sagrado ministerio; era un loco pacífico pero loco al fin y loco..... de amor.....!

Aquella triste historia se quedó tan grabada en mi mente, que desde entonces consideré á los sacerdotes como á los demás hombres sin santidad de ninguna especie, y sin derecho alguno para bendecir ni maldecir á nadie; porque si bien se considera son muchos de ellos inferiores á la mayoría de los hombres, porque viven de un modo inmoral faltando descaradamente á sus juramentos y á sus votos de pobreza y castidad.

Yo nunca he aceptado *gracias* ni *distinguciones* reñidas en absoluto con el sentido comun y la ley natural; siempre he creído que la raza humana no estaba en condiciones de llegar á la santidad, á la plenitud, á la posesion de todas las virtudes; he venerado únicamente la sabia ley del trabajo, he admirado los grandes, los titánicos esfuerzos de los sabios, he comprendido la necesidad y la utilidad de las leyes sociales, pero en llegando á derechos divinos, en nada y en nadie los ha reconocido jamás mi espíritu; por eso para mí la bendicion del sacerdote me ha parecido siempre que profanaba la union de dos seres enlazados por la ley de la atraccion y por esa simpatía misteriosa que en lenguaje vulgar se llama amor. En cambio, el contrato civil, el casamiento autorizado por una ley moral social, despojada de privilegios y superioridades, ha respondido á las aspiraciones de mi alma, cuyas aspiraciones son eminentemente racionalistas.

Cuando el juez pregunta á los contrayentes si se quieren por esposos y al contestar aquellos que sí, dice el juez:—Quedan ustedes casados en nombre de la ley; al ver que allí no autoriza el casamiento ningun hombre, sino que es la ley la que forma un lazo indisoluble, me parece esta autorizacion tan lógica, tan razonable, tan en armonia con la ley natural que mi alma dice con entusiasmo:—Este casamiento es una verdad, aquí no hay ningun engaño, aquí no hay bendiciones, que todas las bendiciones son engañosas, porque no hay ningun hombre en la tierra que pueda bendecir á otro. ¿Con qué derecho? ¿con qué autoridad? ¿qué títulos le acreditan? si todos tenemos una historia, si el que parece mas bueno suele tener un pasado de crímenes ó cuando menos de atropellos, si el más generoso, si el más caritativo puede haber sido ayer el más egoista y el mas avaro. ¿Por qué esos privilegios para atar y desatar en la tierra, para condenar ó absolver, si son unos hombres que por necesidad, por el cumplimiento de las leyes imperiosas de la naturaleza viven fuera de las leyes morales?

Siempre que asisto á un casamiento civil me persuado más y más, que las ceremonias religiosas son buenas únicamente para aquellos que necesitan *andadores*, pero no para los seres dispuestos á la investigacion y al libre exámen.

No hace muchos días que he asistido al casamiento civil de una íntima amiga mia

que durante 28 ó 30 años se ha dedicado á la difícil tarea de enseñar á las niñas los primeros rudimentos necesarios para ponerse en relacion con la humanidad, por que sin saber leer, escribir y contar ¿qué papel representa una mujer en la sociedad? su destino se asemeja al de un irracional, vivir sin leer es vivir separado del movimiento universal, pensar y no poder transmitir al papel el pensamiento que se agita en la mente, es tan triste y tan humillante, que me inspiran profunda compasion todos aquellos que viven en la ignorancia; y para el órden económico de la familia, saber contar es saber apreciar el valor de lo que se posee; por eso para mí todos los que se dedican á la enseñanza son los verdaderos sacerdotes, y mas aquellos, que emplean toda su inteligencia para enseñar y no trabajan pensando únicamente en la ganancia que tendrán, sino en el bien que pueden producir sus enseñanzas.

Mi buena amiga ha sido un modelo de maestras, todas las chiquillas rebeldes y desaplicadas, lo peor de cada casa se lo llevaban las pobres madres á ella para que iluminara aquellas inteligencias obscurecidas por la terquedad y la holgazanería; y ella, severa, implacable, pero justa, al cabo de algun tiempo devolvía á las madres débiles y complacientes, niñas educadas en los principios de la mas sana moral, útiles para sí mismas y para su familia.

Tantos desvelos, tantos trabajos, tanta solicitud han tenido una honrosa recompensa; y más honrosa aún en la católica España, en la nacion que en el año 89 envió al Papa 290.000 pesetas en metálico y una cantidad fabulosa en joyas y ornamentos sagrados, y en el mismo año dejó morir *de hambre* á tres maestros de escuela; los periodistas dicen que esto *es lógico* y tienen razón; donde impera la ignorancia los maestros son *ceros* sin valor. Mas si España ha manchado su historia el año 89, el 90, comienza con mejores auspicios, porque en el momento que mi buena amiga firmó el acta de su casamiento, una hermosa niña de 13 ó 14 años le presentó una corona de laurel de plata con un lazo de cinta de oro en la cual estaban grabadas las siguientes palabras: "*Las últimas alumnas á su digna profesora,*"

¡Momentos solemnes! ocho ó diez niñas con los ojos arrasados de lágrimas rodearon á su maestra que profundamente conmovida no sabia como demostrar su gratitud á sus nobles y agradecidas discípulas.

Abrazos múltiples, palabras entrecortadas, sonrisas de inmensa satisfaccion, sollozos ahogados, parabienes mútuos, todo se confundió en aquellos preciosos instantes; y por último la súplica cariñosísima de las niñas que quisieron ver la corona en la cabeza de su profesora; esta, (muy á pesar suyo) tuvo que complacer á sus discípulas y por breves segundos descansó la corona de plata sobre sus cabellos y el magnífico velo de blonda negra que la cubria.

Al contemplarla dijimos mentalmente: He aquí las únicas coronas que deberian ostentar los hombres en la tierra, las que sirvieran de premio á una vida laboriosa, útil á sus semejantes, no las que se heredan por razon de estado, ni las que colocan las religiones sobre sus Pontífices.

Esta mujer, durante 28 ó 30 años se ha dedicado á formar buenas madres de familia, á centenares de mujeres ha inculcado los principios de la mas sana moral, les ha enseñado con infatigable desvelo todos sus deberes, todas las horas de su vida las ha empleado en instruir á sus discípulas con un esmero, con un afan tan verdadero, para que aprendieran cuanto debe aprender una mujer de su casa, que pocas coronas en este mundo son tan bien adquiridas como la que hoy han ofrecido á su maestra unas cuantas niñas agradecidas.

Mientras mi pensamiento filosofaba, mi buena amiga se desprendió lo mas pronto que pudo de su bella corona; y acompañada de sus discípulas, de su esposo, de

sus deudos y amigos salió de su casa (donde tanto bien habia hecho á sus educandas) para trasladarse á su nueva morada.

Sin poderme explicar la causa murmuré con tristeza: ¡ya no enseñará más!..... ¡qué lástima! Su admirable método de economía doméstica, su buen gusto para el arreglo de una casa, sus delicadas labores, todo lo que es útil para la mujer, quedará escondido en su nuevo hogar. ¡Cuánto ha perdido la enseñanza!

Indudablemente mi buena amiga mirará mas de una vez la preciosa corona que simboliza para ella su noble vida de profesora; todas sus pláticas, todos sus consejos, todas sus vigiliass y sus energías, las verá representadas y convertidas en hojas de plata y botoncitos de oro.

Conquistar en una sociedad tan egoista tal muestra de afecto, es una prueba innegable de que el profesorado español, ha perdido una de sus mejores profesoras.

.....

Dos recuerdos quedan en mi mente que se repelen el uno al otro, porque el primero es de inmensa satisfaccion, y el segundo es dulce, pero es tan melancólico!...

Presenciar un casamiento civil es para mí un motivo de inefable alegría, por que veo que la humanidad va despertando de su sueño y va rompiendo las cadenas de las opresoras religiones..... ¡Ya era hora! A este recuerdo plácido se une una nube de tristeza; amantísima del adelanto, siento que el profesorado español, haya perdido una de sus mejores profesoras.

Amalia Domingo Soler.

LA NOCHE BUENA.

BADADA.

¡Rato hacia que el reloj de la antigua catedral habia dado doce lentas y acompasadas campanadas. Las estrellas relucian en el oscuro azul del cielo y la tierra blanqueaba con la nieve. Estaba helando á canto seco como suele decirse. Pero ni lo inoportuno de la hora, ni la excesiva crudeza de la noche habian podido obligar á recogerse á los habitantes de aquella capital que por ser de segundo ó tercer orden era pacífica de suyo. Por las calles se veian patrullas de mozos que con sonoras risotadas y poco sonoros gorgoros alborotaban la vecindad. De tanto á cuanto algunas señoras no vestidas de fiesta sino envueltas en pesados mantones, cruzaban acá y acullá, seguíanles las criadas rezagadas con sus sayas á la cabeza riendo como loquillas al verse objeto de tal ó cual cuchufleta ó requiebro por parte de los mozos. Los mas comodones no se habian movido de sus casas, pero no por eso se divertian menos. Allí al suave calorito del brasero, entre copa y tajada contaban historietas y cuentos de dudosa moralidad, interrumpidas por alguna copla ó por su poquito de baile. Nadie dormia, los unos porque se divertian y los otros porque aun cuando no podian ó no querian divertirse, les era imposible descansar con el ruido de los demás. Y tal afan de agitarse y meter bufa, quedaba bien explicado. Tratábase nada menos que de celebrar el nacimiento del niño Dios y aunque nadie acertara á explicarse este incomprensible misterio de la santísima Trinidad, ni menos reflexionara sobre la altísima transcendencia de la aparicion en este mundo de la figura mas grande de la humanidad, era preciso dar á entender cuanto se regocijaban todos

con tan fausto acontecimiento, metiendo ruido, mucho ruido, comiendo lo que se podía, bebiendo mas y asistiendo á la misa del gallo no para oír la con santo recogimiento sino con picaresca alegría jugando tretas á esta prógima y al otro vecino. En fin que cada cual celebraba el nacimiento no con la meditacion que merece tan sagrado recuerdo sino del modo que mas cuadra á una humanidad atrasada y á un pais poco culto.

No eran los últimos en aprovechar la coyuntura, los señores marqueses, como se les llamaba en la ciudad, nobles de nuevo coño, cuyo jefe despues de haber sido sucesivamente hortera en Madrid, empleadillo en Sevilla, industrial, fabricante y usure-ro en diversos puntos, habia reunido una fortuna mas cuantiosa que limpia y pensando que nada faltaba á su buena ventura sino un título que le diera lustre, haciéndole respetar de sus vecinos y de sí mismo, frizando ya casi en los sesenta, porque su medio siglo tenia un pico muy recargado, fuese en peregrinacion á Roma y allí con unos miles de reales y postrándose á los santísimos pies del soberano dispensador de conciencias, obtuvo el pomposo título de marqués de San Romualdo y volvióse á su pueblo dispuesto á no apear el tratamiento, al cual no tenia derecho por ser título romano, ni al alto funcionario, ni al pequeño propietario, ni menos á la servidumbre y sí únicamente á aquellos que casi, casi fueran sus iguales. Todo lo cumplió tal como lo habia pensado. Y en aquella fausta noche, víspera de la nati-vidad del Señor, quiso el marqués mostrar que podía y queria regalar á sus ami-gos. Al efecto convidó á varias familias de campanillas, iluminó profusamente sus salones y entre estufas que caldeaban la atmósfera, entre plantas que regocijaban la vista y entre ricos cristales que descomponian la luz, cenóse bien, muy bien, abundante, opípara, bárbaramente.

Mientras esto sucedia, muy diferente escena tenia lugar en una casucha contigua al cuasi palacio del marqués por la calleja de detrás. El pequeño y ruinoso edificio era tambien propiedad del opulento señor, habíalo adquirido con el objeto de en-sanchar su ya espaciosa morada y en tanto llegaba el tiempo de este arreglo, el marqués que jamás despreció ningun pequeño beneficio, lo arrendó á una pobre mujer de dudosa conducta segun de público se decia, pues habia vivido con un hom-bre perdido como ella del cual habia tenido una criatura sin llegar nunca á casar-se. El caso era verdad, pero lo que no sabian ó no querian saber ciertas gen-tes es que el hombre y la mujer eran primos, que sus correspondientes familias nunca quisieron consentir en que se casaran por motivos de rivalidad que ambas te-nian sobre el reparto de una pequeña herencia, que los primos amándose recurrie-ron al cura para que sancionára su union, pero entre que los infelices no tenian di-nero para la dispensa y los padres opusieron toda clase de obstáculos los desespera-dos amantes quedaron reducidos á unirse los dos y se fueron lejos, muy lejos de tan bárbaras familias. Una niña nació de esta santa y amorosa union que la impía sociedad calificaba de incestuosa y de sacrilega y los tres hubiesen sido felices á no cernerse sobre ellos, la miseria, la horripilante, la desconsoladora miseria. No habia trabajo, no habia salud; ella cosia dia y noche; á él le consumia la pera y la deses-peracion; veía á su mujer y á su hija tan faltas de lo necesario, tan escuálidas y le remordia la conciencia de haber arrastrado á su prima á un abismo sin fondo. No podia con aquel dolor; en cambio el dolor pudo con su endeble cuerpo; rompió el corazon y el infeliz se fué pronunciando en su cortísima agonía los nombres adorados de su mujer y de su hija.

Quedó la viuda triste y desconsoladísima; de aquel ser que tanto habia amado, por quien habia sacrificado honra y familia, solo le quedaba una hijita, dulce consuelo, pero objeto al propio tiempo de infinitas amarguras, pues el esplotado trabajo de la

madre junto con su escasísima salud no bastaba para cubrir las necesidades de ambas. Así la madre y la hija vivían en una miseria espantosa comiendo lo estrictamente preciso para no caer muertas de hambre en la calle, vistiendo únicamente para no congelarse. En tales condiciones creció la niña anémica, raquítica, en la amarillez de su rostro, en la delgadez de su cuerpo, parecíase á esas plantas que se crían sin que las bañe el aire, sin recibir los efluvios amorosos del sol. La viuda miraba á su hija alguna vez con ojos de extravío; no puede vivir así, decía, la miseria la matará como á su padre, y entonces anegados los ojos en lágrimas pedía á Dios trabajo y salud. En las crudas noches de invierno apretaba á su hija contra su corazón para darle calor. ¡Ah! si fuese posible vivir de cariño qué hermosa, qué lozana, se había criado aquella criatura, hija del verdadero amor! Pero la pobre niña necesitaba á la sazón mas alimento que caricias y careciendo de él crecía siempre enfermita, siempre triste, siempre calenturienta; así llegó á cumplir seis años y al acabarse el año aquel en que el marqués celebraba con tanto fausto la noche buena, se acababa ella también, se extinguía como luz sin aceite. El médico la había visitado algunas veces recetándole muy poco, lo suficiente para ilusionar á la madre. La desgraciada criaturita se moría por falta de aire, de luz, de nutrición. ¿Qué había de hacer el galeno? recetarle otro género de vida hubiese sido cosa de burlas y en cuanto á aliviar él aquella tristísima situación, no era rico y á haberlo sido son tantas las necesidades, si... si todas las que ve un médico había de socorrerlas

La noche pues en que la algarazara de casa del marqués subía como sarcasmo inaudito hasta la mísera vivienda, la niña estaba en cama; hacía ya días que no salía de ella sin estar por eso extraordinariamente enferma; pero aquel día había ido agravándose por momentos á causa de la rápida pérdida de sus ya exhaustas fuerzas y la palidez de su rostro, el afilamiento de su nariz, la negrura de sus ojos, la respiración dificultosa, todo denotaba que el ángel de la muerte se cernía sobre aquel lecho de dolor. Sin embargo la madre esperaba todavía; en su amor inmenso hacía aquel sér, creía que Dios realizaria un milagro para no arrebatárle la vida; y se dirigía al Creador de todas las cosas con esa fé desesperada, con ese sentimiento inmenso, infinito que solo pueden sentir aquellos que han visto su corazón rasgado en menudas tiras, triturado por el implacable destino tan sin piedad como máquina pulverizadora que reduce á implacable polvo las más duras materias. Oraba la pobre madre no con los labios, con el alma, y en las horas del dolor se acercaba á Dios y le decía: ¡Oh Padre mio, no te la llevarás ¿verdad? no te la llevarás; tú tendrás misericordia de mí porque sabes que he sufrido mucho, que he amado mucho: voló el elegido de mi corazón! el que era como la mitad de mí ¡misma, no querrás ahora dejarme sola en este mundo, sin luz en los ojos, sin calor en el alma. ¡Padre mio, duélete de mí, no me condenes á eterno desconsuelo, no me quites el sér de mi sér!

Así volaba el pensamiento de la pobre viuda y en tan inmensa agonía, su alma crecía, se agigantaba y remontándose á las purísimas regiones do quedan pagadas y borradas todas las culpas se identificaba con los buenos espíritus haciéndose acreedora á su dicha. Ellos por su parte procuraban templar la amarga pena que mas amarguísima había de ser aun, pues la infeliz madre había de apurar hasta las heces el cáliz del dolor.

En la desvencijada estancia hacía mucho frio, la mártir del trabajo, la heroína desconocida no lo sentía; teniendo entre sus manos las manecitas de su hija seguía clamando á Dios unas veces con fé, otras con desesperación y casi siempre con incoherencia sin formular siquiera pensamientos correctos; no era mas que una angustia infinita que acercaba su espíritu á Dios como niño despavorido que se acerca á su madre en momentos de peligro. De pronto la desventurada madre creyó notar que

su hijita se quedaba fria, quitóse ella una saya y la arropó, volvió á cogerle las manos y á contar á Dios su pena sobrehumana. Una hermosa bujia esteárica alumbraba tan fúebre cuadro; una cria la del marqués la habia dejado allí junto con un mendrugo de pan, con grave riesgo de ser despedida por su excesiva compasion. La vela parecia como que rabiaba de verse en tan mísera compañía; gruñia, chisporroteaba, retorcia desesperadamente su pábilo; quizá pensaba en sus hermanas que daban realce á hermosuras mas ó menos auténticas, mientras ella veíase condenada á presenciar la agonía material de una niña y la agonía moral de una madre, que no se fijaba en tal rebelion, atenta únicamente a expiar los movimientos cada vez menos acentuados de la moribunda. Si le diera algo, pensó, quizás se reanimaria: fué á buscar un cocimiento, murmuró al oido de su hijita las mas dulces palabras, esas frases que solo existen en el lenguaje materno: el rostro de la enfermita permaneció impassible. La madre dió un hondo suspiro y volvió á sentarse. En este momento sonaron los acordes de un piano y unas cuantas voces alegres, frescas y juveniles entonaron villancicos. Sus ecos repercutieron do'orosamente en el alma de la desheredada. ¡Ah! murmuró, si yo fuera marquesa, mi hija no se moriria. Paseó luego una mirada por el cuarto como quien busca vagamente algo que no hay, algo que en aquellos instantes hubiera podido traducirse por alimento, salvacion. Entretanto el ronco estertor de la muerte se anunciaba francamente, la respiracion se cortaba, la anemia llamaba á la asfixia, la muerte era inminente. Levantóse la madre presa de mortal sobresalto, cogió la bujía que se retorcia como un gancho y la aproximó al rostro de su hija que daba las últimas boqueadas. Minutos despues el espíritu encerrado en la estrechísima cárcel de un cuerpo enclenque, habia recobrado su libertad. La mujer se abrazó á su hija y al cerciorarse de que era ya cadáver lanzó un sollozo, un gemido, algo que no tiene explicacion en la palabra humana. A aquel ¡ay! del alma siguió la caida de un pesado cuerpo arrastrando en estrecho abrazo á otro mas pequeño; ni la caida de ambos, ni el quejido tristísimo de la madre fueron oidos por los de abajo; el lujo acolchaba las paredes y la abundancia, el orgullo y el egoismo tapiaban los corazones. La vela no bien concluida aun, se apagó para no ver aquel cuadro de muerte y de desolacion, y mientras en casa del marqués entre risas y alborozos seguíanse cantando villancicos sin orden ni concierto por la excesiva alegría, unos mozos pasaban por la calleja y rascando las mal templadas guitarras, gritaban con desaforadas voces: Esta noche es Noche Buena.....

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

PENSAMIENTOS

Una buena accion ilumina

Vale más un hombre bueno que todos los sacerdotes de los templos de la tierra.

El sueño del vicio es el más horroroso.

Los espíritus se comprenden, cuando pasan idénticas amarguras.

La higiene del alma, es la luz de la razon.